



EN-CLAVES

DEL PENSAMIENTO

Con tinta visible (traducción)

With Invisible Ink

César Adrián Reyes Hernández

En-claves del Pensamiento, vol. V, núm. 9, enero - junio, 2011, pp. 183-192
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey Campus Ciudad de México
Distrito Federal, México

En-claves del Pensamiento,
ISSN (Versión impresa): 1870-879X
dora.garcia@itesm.mx
en-claves.ccm@servicios.itesm.mx
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de
Monterrey Campus Ciudad de México
México

CON TINTA VISIBLE

ARITHA VAN HERK*

Es mayo. En el mundo ordinario, más allá de estas crestas nevadas y del borde del Océano Ártico, por debajo del límite de la vegetación arbórea y de las líneas imaginarias del Círculo Ártico, es primavera: la nieve se ha fundido y el frío se desvanece en espera del próximo invierno; el sol es una larga luz reclusándose en la noche. Es la época del invierno endrinal,¹ un frío metafórico perteneciente a la segunda semana de mayo, tan irreal como no lo es esta gélida frontera.

Es la segunda semana de mayo y estoy sentada en la parte trasera de un *komatik*,² viajando a través del gélido Océano Ártico. Dondequiera que miro hay nieve deslumbrante, hielo implacable, una composición de mar polar blanco/azul/blanco/azul. Lo azul no es agua sino hielo muy, muy viejo; hielo que se ha vuelto témpano y se ha desplazado, que continuamente se tritura a sí mismo y

* Aritha van Herk, "In Visible Ink", en *In Visible Ink: Crypto-Frictions*. Edmonton, Alberta, NeWest Publishers, 1991.

¹ El invierno endrinal o invierno del endrino (*Blackthorn Winter*) es un periodo de frío que se da a inicios de la primavera cuando el endrino, arbusto espinoso de frutos azules, florece antes de que sus hojas broten. En regiones del hemisferio norte es creencia popular que el florecimiento del endrino señala la llegada de una ola de frío al inicio de la primavera. (N. del trad.)

² Trineo utilizado por los pueblos Inuit, provisto de esquíes y barras de madera, anudados con cuero. (N. del trad.)

que nunca se ha derretido ni lo hará en mucho tiempo. Hasta donde alcanza mi vista, todo es océano congelado; no es una lisa extensión ideal para deslizarse sino abrupta e irregular, como si fueran moldes pasteleros de una diosa nórdica puestos boca abajo.

Estoy surcando este accidentado mar agreste, corrugado y firme como el suelo. El *komatik* sobre el cual viajo no es un medio de transporte cómodo. El típico trineo Inuit, jalado por una estrepitosa y voraz motonieve, avanza dando tumbos, moviéndose ruidosamente, se levanta peligrosamente sobre salientes nevadas para caer de golpe en la nieve. Me tiene crispada hasta la médula el crujir y el rechinar que produce el *komatik* sobre el monótono hielo lleno de surcos, cuya superficie escarpada se agrieta y se rompe.

Y sin embargo, en este lejano y sobrecogedor mundo, sin escritura y en el que todo está sobreentendido, yo, una nulidad de carne y hueso, me siento inexplicable e infinitamente feliz porque al fin me he librado de las palabras.

Para los *Inuit* hay poca diferencia entre la tierra y el agua. Al vivir en la zona más remota del Ártico, con un océano que se agrieta sobre el agua durante pocos meses del año, ellos se trasladan de la tierra hacia el hielo y viceversa, asegurándose de tener acceso a ambos y con ello oportunidades para obtener alimento, agua e incluso refugio. Para los Inuit, *la tierra* no termina donde el océano comienza; más bien allí empieza. El océano y sus criaturas son la fuente principal de su subsistencia. Es al mar y a su abundancia hacia adonde van los pueblos del norte. No les gusta la noción de tierra adentro. Lo que hay es hielo y tierra. Ambos son lo mismo, a pesar de ser diferentes en esencia, están cubiertos de nieve. Los dos están superpuestos con maestría, tallados en la blancura de este pliego infinito.

Mayo es relativamente cálido —entre veinte y diez grados bajo cero— y el sol del Ártico se mantiene las veinticuatro horas, aunque desciende lento en el horizonte entre las diez de la noche y las dos de la mañana. Mayo es un mes ideal para cazar focas, las cuales salen al hielo para asolearse junto a sus hoyos. Es un buen mes para viajar, antes de que el hielo comience a romperse. Viajo en *komatik* y motonieve, desde Resolute Bay, en Cornwallis Island, hacia Grise Fiord (la comunidad canadiense más septentrional de todas), en la isla Ellesmere. Sólo Eureka y Alert se encuentran más al norte que Grise Fiord, y son emplazamientos del hombre blanco (que no asentamientos, pues nadie vive ahí permanentemente): una es una estación meteorológica; la otra, una base militar.

Lector, tienes derecho a preguntarte por qué hago esto.

Las condiciones del viaje no resultan más cómodas que viajar en el *komatik*. Para mantenerme caliente, llevo puestas cinco capas de ropa, me abrigo con

una piel de caribú y de noche duermo sobre esa misma piel. Las prendas que visto están confeccionadas al modo de los Inuit, y mis *kamik* son más calientes que lo que cualquier calzado meridional podría ambicionar. Aún así, la temperatura está notablemente bajo cero y el viento agudiza el frío. Afuera, en el hielo llano, el frío del Ártico agujonea cada nervio, cada hueso. Un recordatorio del lugar donde me encuentro y de que no importa quién soy en este enigmático mundo imperecedero.

El destino no es la razón de mi viaje, aunque parece que estoy representando uno: viajo entre Resolute Bay y Grise Fiord. Pero el punto de partida y el destino final no tienen importancia. Los seiscientos y pico kilómetros por los cuales vagamos, los cinco días y noches que anduvimos por Dungeness Point, en Cornwallis Island, por Wellington Channel, justo enfrente de Devon Island, a lo largo de Viks Fiord y luego por todo Jones Sound hasta South Cape, en Ellesmere Island, pueden ofrecer la ilusión de un desplazamiento, pero son esencialmente las medidas del hombre meridional obsesionado con la medición. Sé que cuando regrese a mi hogar, en Calgary, seré acibillada con preguntas sobre distancias: ¿Cuánto duró el viaje? ¿Qué tan lejos llegaste? ¿Qué tan frío era? Tales definiciones carecen de sentido aquí; son borradas completamente por la expresión de la esencia de cada momento, el aquí y el ahora, sin más. Estoy en el Ártico, suspendida, no cerca del Ártico ni en el centro del Ártico, sino en sus confines, más allá de toda escritura y su romance, más allá de la comprensión racional o la experiencia geográfica de la mayoría de estas personas que se hacen llamar canadienses. Simplemente estoy aquí, reducida a *ser*, respirando el aire escarchado a través de mi nariz y mis pulmones, dando pisotones en la gruesa nieve para reactivar la circulación. Al fin estoy más allá del lenguaje, e instruidamente invisible.

Lo cual confieso, lector, es el estado que idealmente deseo conseguir. Finalmente, en una vida dominada por el lenguaje, puedo librarme de él hasta cierto punto: de tener que hablar, leer y escribir. Si leíste *Lugares de Ellesmere*, entonces sabes que el tiempo que pasé en Lake Hazen, la parte más septentrional de Ellesmere Island, me enseñó la no-lectura, el acto de dismantelar un texto más allá de todas sus lecturas y escrituras anteriores. Ese paisaje, su exquisita lejanía y quieta inmensidad, catalizaron mi acto de lectura en algo más allá de la lectura, permitiéndome desanudar las expectativas cuidadosamente atadas de las palabras y su impresión, su arreglo en la página, las páginas engavilladas juntas en una directriz narrativa, que después se negaban a quedarse quietas, si no que se volvían y empezaban a leer de vuelta, a leerme, a *desleer* mi propia lectura y mi geografía personal. Pero, lector, ese fue verano, a pesar de su brevedad.

Es cierto: siempre quiero ir más allá, imponer otras marcas, atravesar otra línea invisible. En efecto, lector, lo que voy a confesar es una herejía, pero ansío a fin de cuentas librarme por completo de la página, de la tinta y de mi instrucción personal.

Sí, hay algo en la lectura que me inquieta y por eso siempre tendré algo (lo suficiente) que leer, y que siempre tendré por compañía palabras placenteras, que nunca estaré abandonada sin un libro, una adicción por leer los secretos del lenguaje que todos acarician. Me preocupa la escritura, y por eso siempre encontraré palabras para expresar mis pecados intelectuales, las ideas a las que doy vueltas y vueltas: observar y escribir. Las fuerzo a estar juntas: escribo sobre mi lectura y leo mi escritura, ya que se rehúsan a funcionar si una u otra no están implicadas de algún modo, incluso si es silenciosa y secretamente, en mi cabeza. Las conjuras de la bibliofilia. Registro mi entorno, formulo todo posible choque y encuentro. Estoy encadenada al lenguaje y yo encadeno mi experiencia al lenguaje. La tinta visible.

Pero lector, no me quejo ni estoy afligida. No desestimo al lenguaje como función primaria y fundamental, ni estoy de acuerdo con de las simplistas tentaciones del anti-intelectualismo. La instrucción es un poderoso talismán, no menosprecio su magia, y la considero la más valiosa habilidad de mi vida. Mi lectura y escritura me asisten más allá de toda ayuda: ambas son mi vida y mi sustento. Así, es importante reconocer que debo desprenderme de ellas —¡algo casi imposible!—, incluso por un instante, para entender más a fondo su importancia en mi vida.

Por tanto, lector, me he librado de las palabras —escritas o pronunciadas, al menos—. Por primera vez desde que aprendí a leer a los cinco años (ahora tengo treinta y siete) llevo cinco días sin leer palabra alguna, y estoy en vilo. A pesar de haber traído libros conmigo a Rolute Bay, refunfuñé, mascullé y los sopesé con mi mano para luego ponerlos de cabeza, y ahora estoy en la gélida cuenca del Océano Ártico, carente de signos que me comuniquen algo, y que son imposibles de imprimir. Mientras los más doctrinarios argumentan que siempre existe el lenguaje, ya sea oral o mental, que portamos nuestros signos y sus significantes con nosotros, y que estoy leyendo el Ártico en el cual estoy suspendida; y aunque quizá estés en lo cierto al decir que me esfuerzo por encontrar los signos apropiados para transmitir mi experiencia, en última instancia esta página del Ártico no está escrita ni leída por un yo sin valor. No, él (una fuerza) *me* lee y *me* escribe. Soy su texto, influenciado, sobre el cual se puede escribir, ansioso por ser contaminado, una página dispuesta a ser tatuada, marcada.

¿Cómo describir o siquiera evocar este paisaje? Lector, eso comprende al reino de la magia, un éxtasis aterrador. El mundo es belleza sin ornamentos, yendo más allá de toda posibilidad imaginada hasta una fascinación casi delirante. Hay

una extraña combinación de ligereza, parecida a la de un portento, y perennidad, una fluida petrificación de lo físicamente intimidante y lo espantosamente bello. El lenguaje, tan fino y tan magro, parece estar dentro de sus funciones el de re-citar esta sublimidad. Abrumado por el intimidante, indiferente y resplandeciente Ártico, mi raquíptico lenguaje resulta insuficiente a fin de cuentas. Siento algo que sobrepasa la fascinación; estoy cegada por el asombro.

A medida que nos alejamos de Cornwallis Island y nos adentramos en el hielo, Resolute Bay rápidamente se desvanece hasta parecer un puñado de polvo colorido. Fronteras invioladas, una superficie, en apariencia infinita, invitando a entrar: nos vemos reducidos a signos de puntuación infinitesimales. El viento golpea mi rostro punzante. Mi aliento suplicante. El tiempo rebosante de frío.

Las jóvenes focas, asoleándose sobre el hielo, aún conservan su pelaje y se asoman por mera curiosidad. Sus azules agujeros circulares son difíciles de detectar en la nieve azul que les rodea, tan mimetizados como notorios son sus cuerpos negros. Se deslizan en esas aberturas con la fluidez y soltura de sus fócidos cuerpos. Nuestro camino era agreste y zigzagueante, con bloques de hielo como trozos de pastel clavados en crestas verdes y azules. El *komatik* azota con fuerza contra un surco, asciende otra vez y al virar rápidamente, se impacta contra un enorme bloque de hielo, quedando atascado el patín en ambos lados. La motonieve aumenta su potencia y ruido en vano; entonces nos apeamos y sacamos el *komatik*, luego lo empujamos y lo levantamos con gran esfuerzo del surco. El patín derecho, hecho de madera, se ha quebrado debido al impacto. Seguimos andando y en el siguiente lugar seguro nos detenemos. Pijamini aserrucha cuidadosamente una pieza de madera contrachapada del tamaño adecuado, extrae clavos de una lata y repara el patín hasta que está como nuevo. El agreste hielo. Nos esforzamos más de lo que avanzamos, apeándonos y montando de nuevo en el *komatik*, un suplicio con montones de ropa encima, frío implacable y un sol inclemente. *Bannock* remojado en té caliente.³ Y de nuevo, hielo escabroso, enormes trozos garabateados por los que increíblemente atravesamos, intrincadas lecturas de un pasaje, un recuerdo de que no estamos en movimiento sino estáticos, detenidos aquí a fin de cuentas, en el paisaje polar. Y las huellas de osos polares que se cruzan con las nuestras, líneas que se intersecan, notorias por su rareza;⁴ pero aquí no lo son, un camino auténtico para la soberanía blanco-dorada (*Thalarctus maritimus*) patrullando las rotas crestas en busca de focas dormidas o distraídas.

³ Pan hecho con harina de avena o cebada usualmente horneado sin levadura. (N. del trad.)

⁴ Rudy Wiebe, *Playing Dead, A contemplation concerning the Arctic*. Alberta, Newest Publisher, 2003, p. 50.

Asombrosamente grandes, completamente fornidos y cubiertos de pelambre, se mueven sin esfuerzo a través del hielo áspero. Aminora la marcha, camina, nos mira, hurga en la nieve con su hocico y se aleja con toda tranquilidad. Huellas y rastros de un oso, de algunos días atrás; una madre y dos oseznos hace algunas horas. Huellas y rastros, las líneas de sus patas almohadilladas son tan nítidas como un carácter impreso sobre la nieve. Marcas de zarpas en la parte sobresaliente de un témpano. Huellas y rastros de osos polares seguidas por las de zorros, que buscan la oportunidad de hallar focas dormitando, con sus marcas de aletas alrededor de sus orificios respiratorios. Las huellas de nuestro *komatik* se siguen a sí mismas hacia lo inexplorado y lo invisible. Una escritura iniciática. La presión forma crestas, líneas donde el océano se funde consigo mismo y se obliga a desplazar su fuerza hacia arriba. Hay una corriente bajo el hielo, corrientes bajo esa solidez. Colofones.

Duermo sobre este enigmático e indiferente océano. No hay barrera entre nosotros, únicamente hielo muy, muy sólido y la fina lona de una tienda de doble pared. Debajo de mí hay una bolsa de dormir con relleno de plumas, luego una piel de caribú, un recubrimiento esponjoso, el piso de la tienda, cuatro pulgadas de nieve, seis pies de hielo y quinientos pies de gélido océano polar extremadamente frío. Y, sin embargo, es rico en peces, focas, ballenas y camarones, los cuales se dan de bruces contra mi piel somnolienta, de este sueño sin sueños, sin signos ni referencias, insondable y profundo. El aquí o el ahora son invisibles, incommensurables. Sólo hay letargo. Escritos en el sopor.

El *komatik* cruje y gruñe, como un vetusto navío en laborioso viaje en altamar. Ahora están hechos de madera (alguna vez de hueso, musgo, piel, tendones y hielo), pero aún se atan con cuerdas, nada de clavos. Maleable y elástico, parece ágil y flexible cuando sigue a la motonieve, cediendo en las irregulares inclinaciones y descensos del hielo accidentado. No hay suelo más suave en sus hondonadas, curvas y montículos amontonándose debajo de los patines que Devon Island, húmeda y pesada por la nieve, que allana los precipicios dentados. Y las puntiagudas pezuñas del elegante caribú, raudas como una frase, como una conjunción distante. Posados en una colina, unos bueyes almizcleros bajan sus cabezas al divisarnos, se dan la vuelta y se alejan desgastados. Hay musgo bajo la nieve; hay roca y pedregal subiendo hacia los agrestes acantilados, tan cincelados como el Abu Simbel,⁵ en Egipto, y de nuevo hay hielo, de una distinta fonación, resonando débilmente debajo de nuestros patines.

⁵ Emplazamiento arqueológico ubicado a orillas del Nilo, al sur de Asuán, en el Alto Egipto. Consta de dos templos cincelados en roca arenisca hacia el año 1250 a.C., y con una impresionante fachada compuesta por cuatro sedentes estatuas del faraón Ramsés II. (N. del trad.)

Hay escarcha sobre la nieve, cristales de nieve brotando sobre la nieve, amarillo y azul deslumbrantes bajo el sol. Compleja y delicada escarcha, de una estética criológica,⁶ con hojas de a veces una pulgada de largo. Cada copo de nieve consta de una exquisita construcción. Y las manchas de niebla helada, los contornos de la tierra y el hielo en surreal desaparición, el *komatik* flotando quietamente a través del silencio. Veo elevadores de grano, setos de Caragana, las zonas verdes alrededor de Battle River: espejismos en esta región ártica. Lector, por poco me olvido de mí, y en esta niebla helada leo mi propia obliteración que, escrita y grabada a prisa, el lenguaje al cual estoy esclavizada hizo invisible. Nos deslizamos de forma inquietante y no estoy segura si dormía o estaba despierta; si estamos suspendidos o en movimiento. De todos modos, cuando me inclino hacia un lado del *komatik*, el aire golpea mi rostro, y puedo escuchar el constante silbar, harto diferente, de los patines sobre la nieve.

Los parhelios se reflejan por todo el contorno cegador del sol que mis gafas no pueden reducir. Seguramente un augurio, una lectura de la nieve y su parhelio polar, son su actividad constitutiva. ¿Es una advertencia o bendición, una guía o dirección? No se vislumbra nada. ¿Es un cuerpo polar, una coordenada, una codeclinación? ¿Dónde me encuentro? Estoy desaparecida, anulada, no-escrita. Invisible.

Sí, lector, he mencionado al espacio y la medición, al tiempo y a las acciones cotidianas, todo en vano. No puedo entender estos alcances. No tengo palabras para *ártico*, pues es imposible transmitirme la sensación de salir de una bolsa de dormir, tibia por el aliento nocturno, hacia un barómetro profundamente glacial. No puedo medir las pisadas de los osos polares ni describirte el comportamiento de las focas al asolearse. Simplemente no me es posible escribir acerca o a través de este hechizo polar. En su lugar, me inscribe, toma el control de mi prescindible imaginación y de su capacidad para generar palabras: me inventa para su único placer distraído. Suprime mi referencialidad, una transformación sin continuidad ni cronología. Soy re-inventada por una gran página en blanco. No es *aislamiento* sino completa invisibilidad, todas las causas y fines son borrados por razones distintas a las que creo conocer.

Pero ahora sé que no (lo) sé.

Más extrema es la ilusión de ausencia que es la verdadera presencia, formidable presencia, que no necesita manifestarse a sí misma de forma narcisista,

⁶ Neologismo de la autora, compuesto por dos términos: *crio* (frío) y *logos* (razón, discurso). (N. del trad.)

en su sobrada condición de *aquí*. Este espacio, este paisaje, esta temperatura, cuestionan todo *documento* y su lugar, me documentan, sin referencia alguna a otro; soy diáfana como un cristal y frágil como cualquier otra voz acallada, un trazo de la esencia ártica. No es posible comparar, no hay contraste que permita la medición o una escala para la diversidad. El norte es la medida, y todo lo demás divergencia. Estoy anulada, me he convertido en un campo enunciativo, en una página virgen, sin un registro ni historia. Afortunadamente.

Ah, lector, ¿qué disertación es esta? ¿Un atenuado zumbido de la motonieve? ¿Es el silbar de los patines al pasar por la nieve, el quejido y gruñido de un *komatik* bamboleante, rebotando sobre algo que no es una tersa hoja hecha de nieve sino una extensión irregular toscamente dentada, constantemente rota e interrumpida por ella misma? Ahora me encuentro sumamente impedida, despojada de todo cuanto ubica mi letrado ser. Derrotada por texto y lenguaje, me convierto al fin en sólo un texto que ha de ser escrito. Un alfabeto frágil. Podría creer que he encontrado el norte en mi propia cabeza.⁷

Pero no. Fue él quien me encontró.

En la mañana, me despierta la voz de Pijamini hablando por radio en la cocina de campaña. Habla con Annie, de quien es marido en Grise Fiord. Las sílabas del *Inuktitut*,⁸ suaves y roncadas, tienden un puente entre el sueño y la vigilia, y denotan la mañana. ¿O será la tarde? ¿La noche? Tampoco el tiempo se puede medir: parece que nos levantamos cerca de las dos de la tarde y viajamos toda la noche; pero el reloj no tiene importancia. La voz de Pijamini me devuelve a la existencia, re-crea mis oídos. Toscamente sibilante, su lenguaje, en sus aumentos y decrementos tonales, demarca dos cosas: dónde estoy y quién soy, siendo yo una tácita presencia en el grueso hielo azul del Océano Ártico. Pijamini es bajo de estatura y fornido, casi diminuto; pero su fuerza es totalmente evidente a pesar de su edad, sesenta y cuatro, dice sonriéndose. Él está al mando, siendo la persona más experimentada en este viaje estático. Yo viajo en el *komatik* tirado por su motonieve. Cuán bien sabe leer este mundo invisible, su cuerpo mismo es una señalización, *lo polar* y el *norte* están contenidos en su pose. Escala témpanos para reconocer el norte, para después proceder con certeza a través de las banquisas más inexpugnables.

Entiende y habla un inglés muy sencillo (¿Qué significa eso? ¿Básico? ¿Despejado?), aunque al principio es tímido y silencioso. Tras muchas horas

⁷ R. Wiebe, *op. cit.*, p. 113.

⁸ Lengua hablada por los *inuit*, grupo étnico diseminado por Alaska, Canadá y el sur de Groenlandia. (N. del trad.)

de haber empujado el *komatik* sobre el hielo áspero y de haber visto al primer oso polar, apenas si habla. Me siento apenada de tener que utilizar mi brusco y bárbaro lenguaje, de que sólo pueda hablar con él en la frialdad del inglés y de no saber *Inuktikut*. No quiero hablar con él en inglés; quiero hablar con él en su lengua, la lengua de este sobrecogedor mundo helado. No digo nada, sólo sonrío y empujo el *komatik* cuando se atasca. Y, en un momento de repentino deseo, le pregunto cómo se dice “sol” en lengua Inuit. Me lo dice, con rostro inexpresivo, con cierta curiosidad. Y cuando lo repito, ríe. Mi holandés, salido de la epiglotis, por única vez me da cierta ventaja cuando pronuncio. “Hablas muy bien el *Inuktikut*”, me dice. “Muy bien”.

Lector, incluso si pasas inadvertido por el lenguaje, uno produce los signos que se pueden. Coloco mi pie empedregado en las huellas impresas por un oso polar. Trazo un círculo alrededor de cada témpano tres veces, hacia mi derecha, repitiéndome un hechizo. Y Pijamini nombra su mundo para mí: nube, sol, nieve cayendo, nieve en el suelo, hielo, oso, huellas, caribú, buey almizclero, perihelios, témpano, foca. Me dice los nombres de su familia, de sus siete hijos y de los hijos de sus hijos. Nombra las puntas, los promontorios, los bordes de la isla cuando pasamos junto a ellas. Repito sus palabras con cuidado, mi boca y mi lengua cambian de forma de acuerdo a sus inflexiones y contornos. Y Pijamini ríe. “Muy bien, muy bien. Deberías venir a Grise Fiord y estudiar *Inuktikut*”. Me da sus palabras. De este modo, me nombra, escribe mi ser, invisible y carente de lengua, dentro de su iconografía. Estoy escrita, al fin, en ese lenguaje nómada.

Lector, leyéndote, sé que quieres que escriba esas palabras aquí y revele su mágico encanto. Eso jamás. No me pertenecen; son las palabras de Pijamini. Y si tuve la oportunidad de escucharlas e imitarlas, fue sólo por intervención suya. No las allanaré ni las repetiré más allá de los límites del mar ártico, más allá de los secretos del mundo de hielo. Ellas me dieron una interpretación, me leyeron en ese espacio donde, tratando de leer de nuevo, fui escrita al fin. Lector, dicho amuleto de la primera y la última de todas las cripto-fricciones es aquel que puede ser borrado y re-escrito en un lenguaje que va más allá del propio. Aquí radica la última ilusión del texto: no estás leyéndome, sino escribiéndome, y no a mí, sino a ti; no estás leyendo y escribiendo sino siendo leído, eres un texto viviente en el mundo del lenguaje.

En efecto, lector, en este helado mes de mayo, donde al fin me he librado de las palabras, me han dado un texto diferente para llevar conmigo al sur, hacia ese tan visible lugar repleto de palabras gritadas por todas partes, exigiendo ser leídas. En el silencio que sigue a la muerte del texto, escucharé, en algún

lugar de mi oído polar enterrado la suave voz Inuit de Pijamini nombrando al mundo en *Inuktikut*. Y riendo.

Traducción

CÉSAR ADRIÁN REYES HERNÁNDEZ*

Fecha de recepción: 2/08/2010

Fecha de aceptación: 27/10/2010

* Es licenciado en letras inglesas por la UNAM. Sus intereses están en el estudio y práctica de la fotografía; la creación, la crítica literaria y la traducción. México, roccanera15@hotmail.com